EL DESPERTAR

Conocer el progreso material y científico de la época y procurar que sus beneficios alcancen á toda la humanidad; conocer y propagar el concepto de la moderna sociología es la aspiración del proletario.

Dirección Calle General Díaz N.° 435

AÑO 1 | ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN OBRERA REGIONAL PARAGUAYA y defensor de los intereses de los trabajadores | N.° 1

ASUNCIÓN, MAYO 1.° DE 1906.

La Federación Obrera

REGIONAL PARAGUAYA

A los trabajadores, despojados de la riqueza natural, de la producida por el trabajo de la ciencia formada por los observadores y pensadores del mundo;

A los trabajadores, que además de desheredados del patrimonio universal son instrumento de trabajo para aumentar la riqueza, la soberbia y la holgazanería de sus dominadores;

A los trabajadores, que además de despojados y desheredados se arranca de su seno el contingente de esas corporaciones de sayones encargadas de conservar la injusticia bajo el pretexto de mantener el orden;

A los trabajadores, que por el hecho mismo de la explotación de que son víctima, han perdido la fé en el misticismo religioso, que pretende aún mayor degradación por la paciencia, y son los únicos que tienen y pueden tener esperanza en el progreso salvador y emancipador;

A todos ellos, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad, deseamos clara conciencia de su váler y de su derecho; pasión ardiente para amar la justicia y aborrecer el privilegio; energía para santificar ese amor hasta el sacrificio.

En la convicción profundísima de que esos deseos anhelamos para todos nuestros hermanos en desgracia la mayor suma de bienes posible, dirigiendo nuestra mirada á los cuatro puntos cardinales, donde quiera que se sufre persecuciones y miserias y hay seres privados de libertad y mancillados por la desigualdad, les envía un cariñoso y fraternal saludo.

El 1° de Mayo

El 1° de Mayo para los obreros no representa un día de fiesta ni un día de duelo; bullangueros algaradas ó estériles lamentaciones, no le harían avanzar una línea en el camino del presente reflejando solo los prejuicios del bárbaro pasado.

El 1° de Mayo, los desheredados de todas las latitudes contrariando los deseos de las castas privilegiadas, se yerguen como hombres, dejan de laborar, y, unidos por la comunión de sus dolores sellan con este acto de grandiosa protesta el pacto de solidaridad para la común defensa y el ataque común.

«Solo la insensatez—dice Valentín Virot—proyecta planes de defensa, sin calcular el valor absoluto del hombre subordinado al mundo sideral por mera concomitancia biológica».

Solo la insensatez de infelices momias enclaustradas en sarcófagos de prejuicios, cerrado su cerebro como tumba egipcia á toda idea de renovación y mejoramiento, se les ocurre regimentar y galonear esbirros y cosacos para detener la invisible carabana que rugienta y tempestuosa avanza entonando cánticos de salvajes armonías.

«Ni piedra sobre piedra de vuestro templo» y al sentir la lúgubre estrofa, señores y siervos, ese mundo sombrío de negras lar-

vas reaccionaron con toda la fuerza de sus afinidades, atávicas y, dilatando sus músculos de bárbaro en servidumbre renovaron la inenarrable lucha del génesis geológico. El oxígeno y el hidrógeno *(ciencia y arte)* protoplasma del mundo super-orgánico. vencidos, fueron desterrados al confín de los dominios del déspota en estado de vapor, pero, tras la dispersión vino la concentración, y, descrita la eterna parábola, ambas fuerzas supeditadas al mismo proceso evolutivo se chocan en el meridiano de sus respectivas trayectorias: el bárbaro y senil monarca otrora invencible, después de haber trazado unos cuantos invisibles signos en el estuario biológico, por cansancio, precursor atónico, sale del cosmos para entrar en el caos: el vencido, el proscrito, el estrujado entre los férreos brazos del autócrata, tornando del estado de vapor al estado líquido rugiente y tempestuoso avanza entonando cánticos de salvages armonías; la invisible carabana salida del caos penetra en el cosmos; el mundo sombrío de las negras larvas exhala el último grito de terror atávico mascuyando torpes plegarias á un dios caduco, sin frente ni cerebro, creado por el troglodita de la caberna—á su imagen y semejanza.

Solo la insensatez de infelices momias enclaustradas en sarcófagos de prejuicios, cerrado su cerebro como tumba egipcia, se les ocurre detener la marcha natural del tiempo queriendo marcar nuevo rumbo á una flecha salida del arco hace varios siglos, aprisionando, desterrando y matando á todos los que ven y dicen que la flecha se desploma porque ha perdido su fuerza inicial, como antes la perdiera la civilización servil, como antes de esta la perdiera la civilización por esclavos. También aquellas civilizaciones tuvieron sus ejércitos de cosacos y esbirros. También los titanes en la agonía llamaron bárbaros á los olímpicos porque su rudimentario cerebro no comprendía las bellezas elénicas. Elenos y Romanos después de batir sus alas en las más altas cumbres del arte y de la libertad descienden por cansancio y desgaste. Los dioses filipizan en Grecia. En Roma, las matronas, cansadas pero no satisfechas, entregan sus primicias al dios falo. Aquella flecha, después de una ondulosa trayectoria se desplomaba una línea más adelante del punto de partida. Elenos y Romanos—en su senil astío—llamaban bárbara á la nueva civilización cristiana. Hoy, los cristianos, después de XX siglos de chapalear en el cieno infestando el planeta con el bacilus de la más degradante ignorancia, en el último período agónico de su gran deseo imposición moral, busca apoyo en el brazo musculoso del estado su implacable rival, y, ambos, viejos é inútiles para la acción regular de la vida moderna, loca la brújula y roto el timón, en plena borrasca se lanzan al mar de lo desconocido proyectando abordajes y planes de defensa contra un enemigo que solo existe en el formidable caparazón que cubre su cerebro. ¿Contra quién os lanzáis, insensatos, miopes? Encima de vosotros está la montaña, no la véis, está cubierta de vapores; allí en estado de vapor está el átomo que formó vuestra molécula; allí en estado de vapor está la molécula que formó vuestra célula; allí en estado de vapor está la célula que formó vuestro tejido; allí en estado de vapor está el tejido que formó órgano; allí está la perdida fé en vuestros días y en vuestra moral; allí están la perdida fé en todos vuestros sistemas políticos y económicos; allí está el *Demo* (pueblo) os quedáis solos con el *cracia* ó *quía* (gobierno). Solo vuestra insensatez hace factible el retorno de lo que fué.

«El mundo moderno, de la demonología—dice Huxley,—ha sacudido la supervivencia mostruosa de los errores salvajes, y suceda lo que quiera no volverán jamás.»

Esta gran manifestación de la vida moderna reflejada en el 1º de Mayo, en colosal asinamiento de átomos, meléculas, células y tejidos, separados por ley evolutiva de vuestro cacoquimio organismo, «subordinados al mundo sideral por mera concomitancia biológica» hoy surge potente á la vida, y, entonando el *pax uvinci* dice á teólogos y políticos, á todos los representantes

del mundo viejo, como Panva decía á Salustio «somos de ayer y llenamos el mundo» «somos tantos, que nos basta alejarnos para que parezcáis» con esbirros y cosacos no detendréis la civilización que avanza, aprisionaréis, deportaréis, mataréis al hombre, pero por cada un átomo del hombre que vuestra ignorancia lance al caos, el caos lanzará al tiempo por la vida un millar de convencidos luchadores. Chateaubrian, decía: «Los que quieren detener la civilización, serán aniquilados por el choque de la civilización que viene y la que pretenden detener».

La evolución biológica á volatizado á esta gran civilización tomándola al estado de nebulosa; sus fuerzas cósmicas resueltas en vibraciones del éter, presiden el advenimiento del hombre dueño y señor de sí mismo, sin don, execelencia, usía, majestad, ilustrísima ni santidad.

¡HOMBRE, SÓLO HOMBRE!

F. M. V.

Asunción, Abril de 1906.

(Continuará)

HÉ AHÍ LO QUE PEDIMOS

Los obreros se agremian y los gremios se confederan, persiguiendo constantes y resueltos la conquista del bienestar material y del derecho legal, negados insistentemente por fuerzas poderosas que resisten con empeño encarnizado el mejoramiento legítimo de las falanges trabajaderas.

¡Pan, Trabajo y Justicia! pide el obrero, unidas sus voces en un solo grito de ansiedad y no solo quejido de protesta.

El eco del grito obrero retumba en toda la República y se repite en todos los rincones del país donde hay un aliento oprimido, por un pecho desgarrado por la ferocidad del explotador.

¡Pan! reclama el necesitado resumiendo en esta expresión sus necesidades materiales, materiales, que apenas le es posible satisfacer no obstante el esfuerzo aniquilador que agota su frente de sudor copioso y aniquila su organismo, puesto á prueba de gigantescos sacrificios.

¡Trabajo! pide el humilde y laborioso, para ganarse honradamente el pedazo de pan que le escatiman los privilegiados de la fortuna y para contribuir entusiasta y generoso al progreso y civilización de la tierra que habita.

¡Justicia! exije, á fin de ocupar en la sociedad y ante la ley el lugar que le corresponde y no verse de contínuo despreciado y escarnecido, sin apoyo y sin garantías, sin protección, sin derecho en la lucha contra la iniquidad del semejante ensoberbecido con su dinero ó con su fuerza. Las sociedades obreras han proclamado la unión, la solidaridad y la resistencia para obtener pan, trabajo y justicia, que le retienen ó les arrebatan la burguesía.

La avaricia y la soberbia han hecho causa comun para aplastar todo impulso y ahogar toda protesta. ¿Porque se extrañan los aliados agresores, que los agredidos se alíen tambien en defensa de sus intereses?

El hombre de labor pide pan, y hay que dárselo, el hombre de labor pide trabajo, y hay que concedérselo, el hombre de labor pide justicia y hay que otorgársela pura y plena.

Perseguido, acosado, derramando su preciosa sangre á lo largo del sendero que conduce á la cumbre de sus aspiraciones legítimas, viendo sucumbir á los más convencidos y más resueltos, el hombre de trabajo conquista palmo á palmo su derecho, y derrumba falsos ídolos, destruye ambiciones, aniquila dictaturas, impone al fin de grado ó por fuerza, la justicia de sus pretensiones y llegará á elevar su bandera en la cúspide, cuando libre la última batalla el oro y el capitalista que nos cierra el paso.

El obrero triunfa sin otras armas de combate que la unión, la solidaridad y la resistencia y con ella alcanzará la definitiva y la completa victoria.

Hacer de todos los obreros una familia, alentar en todos los corazones un solo sentimiento, mantener en todos los cerebros un solo ideal, y no habrá poder ni fuerza que la subyuge, esclavize ó destruya.

Con esas armas les basta para vencer á los que los explotan y los amenazan. No nos cansaremos de repetirlo: estrechen y aumentan las filas, constituyan una masa indestructible y ¿quien se atrevará á oponerse al torrente? Ellos son los más y los más fuertes y el día que se hayan unido, consultando su conveniencia y defendiendo sus intereses el día que todos los obreros esten asociados y todas las sociedades esten confederadas será el final del capital egoista.

F. PERALTA.

Manifiesto del Sindicato de los cultivadores de Bourbon l'Archambault

¡A los trabajadores del campo!

Compañeros: desde hace años y años, siglos y siglos, nosotros estamos encorvados hacia la tierra, de la mañana á la noche, sin preocuparnos para nada de nuestra suerte, sin mirar á nuestro alrededor, persuadidos, por otra parte, de que no podemos hacer otra cosa que entregarnos al sacrificio de una fatiga inmensa para poder comer un pedazo de pan.

Si en lugar de aplanarnos con el infortunio de nuestra suerte, hubiésemos alguna vez levantado la cabeza; si hubiésemos requerido de quien se aprovechaba de nuestros sudores que nos respondiera si le parecía justo que tanto padeciéramos en beneficio suyo exclusivamente, hace tiempo que nosotros hubiésemos encontrado el remedio á tan desdichada situación.

Pero nunca es demasiado tarde para rectificar nuestra conducta; pongámonos, pues, en el verdadero terreno de la cuestión y respondamos francamente á estas preguntas:

¿Quién produce el trigo, es decir, el pan para todos? ¡El campesino!

¿Quién siembra y hace madurar la avena, la cebada, todos los cereales? ¡El campesino!

¿Quién cría el ganado para procurar la carne? ¡El campesino!

¿Quién cría el carnero para procurar la lana? ¡El campesino!

¿Quién produce el vino, la sidra, etc.? ¡El campesino!

¿Quién alimenta la caza? ¡El campesino!

En una palabra, la sociedad debe al campesino la alimentación, la bebida, el vestido. Vosotros lo producís todo... ¿Qué produce vuestro colono general ó vuestro propietario? Nada...

Y sin embargo, ¿quién come el mejor pan, la mejor carne? ¿Quién se provee y adorna con los más hermosos trajes? ¿Quién bebe el Burdeos y el *champagne?* ¿Quién se regala con la caza?

¡El burgués!

¿Quién goza de reposo y distracción á su voluntad? ¿Quién saborea toda clase de placeres? ¿Quién hace viajes de recreo? ¿Quién se refresca á la sombra en el estío y disfruta del grato calor de un buen fuego en el invierno?

¡El burgués!

¿Quién se alimenta apenas? ¿Quién no prueba en las comidas el vino? ¿Quién trabaja sin descansar? ¿Quién se quema en el estío y se hiela en el invierno? ¿Quién sufre toda suerte de miserias y penalidades?

¡El campesino!

Además, los trabajadores del campo son frecuentemente despreciados, insultados, objeto de la burla y el ridículo por aquellos mismos que viven en la ociosidad y celebran convidadas y francachelas á costa suya. Los burgueses, en efecto, juzgan á los campesinos por sus apariencias exteriores y se ríen de ellos porque tienen gruesas manos, contrahechas por el trabajo, agrietadas y abiertas por el aire del invierno; porque suelen tener la espalda corcovada y miran constantemente hacia la tierra, y sobre todo, porque desconociendo las costumbres de la sociedad, son tímidos y carecen de facilidad para expresarse.

Compañeros de los campos, nosotros aparecemos pequeños porque nos encorvamos delante de los ricos; alcemos de una vez el cuerpo y nos apercibiremos de que somos más altos que ellos. ¡Tengamos conciencia de nuestra fuerza y de nuestra utilidad! Nuestros compañeros de las minas, de las fábricas, de los talleres, nos han mostrado el camino; ellos no esperan más que nuestra organización, que será una fuerza inmensa, para marchar hacia adelante; no les hagamos esperar más tiempo. Ellos también sufren, ellos también padecen como nosotros, miserias y penas injustificadas, impuestas por los capitalistas explotadores. Quizá no esté lejano el día en que nosotros podamos unirnos todos para conquistar nuestra parte de satisfacción y bienestar.

Camaradas del campo, reflexionemos bien esto:

Si mañana todos los cultivadores desapareciesen del mundo, ¿qué es lo que sobrevendría infaliblemente? Un hambre general, una miseria atroz, la muerte probable en pocos años de una buena parte de los seres restantes.

Y si, por el contrario, todos los señores desaparecieran... es bien permitido suponer que con ello ningún mal resultaría, sino al contrario, la humanidad trabajadora, libre de una pesada carga, respiraría con un inmenso suspiro de consuelo. Y nosotros, cultivadores, no tendríamos necesidad de mantener ociosos, pudiendo entonces llevar una vida holgada, sin opresores que nos encadenaran á un yugo de hierro y sin tiranos groseros que nos humillaran sin motivo. Consecuencia: mucha más libertad, más bienestar, mucho menos trabajo.

Y, sin embargo, nosotros no queremos la

desaparición de nadie, aunque si deseamos ardientemente ver llegado el día en que todo el mundo trabaje para vivir, en que no haya más explotadores ni explotados, en que no se contemple más el boato y el lujo alzándose entre la miseria de todos.

Esto ha de realizarse algún dia seguramente, y esto será el coronamiento de nuestra obra.

¡En marcha hacia el gran objetivo, compañeros, y no nos dejemos abatir por las dificultades que habrán de venir á embarazar nuestro camino!

¡Viva la emancipación de los trabajadores!

El Sindicato

El 1.° de Mayo

No es necesario hallarse dotado de un gran intelecto, ni poseer una bien cortada y galana pluma, dotes que no podemos poseer los trabajadores, para hacer comprender á nuestros compañeros de explotación lo altamente beneficioso que resulta el arrancar á nuestros detentadores la reducción de la jornada á ocho horas

Todos sabemos, y de ello estamos hartos, de que implorando no llegamos á ningún fin práctico,porque los poderosos no conceden nada de buen grado. Ante esto, qué hemos de hacer los trabajadores para conseguir la mejora que se prepara para el 1.° de Mayo?

No hay más que un remedio. Otorgárnosla nosotros mismos, diciéndole al burgués: *Hemos convenido entre nosotros que á partir del 1.° de Mayo de 1906, no trabajaremos más que ocho horas por día, y esto sin aceptar, naturalmente, disminución en el salario.*

Los beneficios que se consiguen con esta reducción de horas son incalculables. Moralmente nos colocamos á un nivel más elevado, porque á menos desgaste de fuerzas físicas el cerebro funciona con más regularidad, pudiéndose discurrir como hombres y no como bestias. De este modo empezará el obrero por apartarse del vicio, y á medida que su cerebro se vaya equilibrando por medio del estudio, se adiestrará en la lucha emprendida entre el capital y el trabajo, haciéndose fuerte y creándose el espíritu revolucionario para conquistas más trascendentales, para el ansiado día de la revolución social.

En la parte material también se consiguen grandes ventajas, porque con esa reducción de horas encontrarán ocupación mayor número de obreros, hoy que el pauperismo se enseñorea en las filas de los trabajadores, por un lado debido á su inconciencia, y por otro al actual régimen social, y de seguir el progreso mecánico restando brazos á los productores, llegará día que se tendrá que vivir de *milagro*. Pero no porque la mecánica reste brazos al obrero hemos de declararnos enemigos del progreso, sino todo lo contrario; somos amantes de él y á él dedicamos todas nuestras energías, toda nuestra alma, y en nuestro anhelo, quisiéramos que los progresos de la ciencia mecánica se sucedieran tan rápidamente, que en breve plazo fuéramos arrojados todos los trabajadores al arroyo como se arroja un guiñapo por serles inútiles nuestros esfuerzos á los sayones de la sociedad capitalista.

Ese día sería para nosotros de gran dicha; ese día veríamos en perspectiva algo práctico, algo que hoy, por cobardía de los unos, por conveniencia de otros y por ignorancia de los más, no ponemos en práctica: el apoderarnos de los instrumentos del trabajo, que como productores somos los únicos que á ellos tenemos derecho.

Y ya que hablamos del 1.° de Mayo, bueno será recordar á los trabajadores el significado de aquella luctuosa fecha.

No es de época reciente el movimiento obrero, en favor de la reducción de las horas de trabajo. Este comenzó en la América del Norte á principio del siglo pasado, y desde esa fecha al 1.° de Mayo de 1886, la propaganda fué activísima para conseguir la reducción de horas de trabajo, y desde 1867 los canteros de Chicago no trabajan más que ochó horas.

En vista de tan constante agitación, en 1880 se organizó la federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá, y en 1884 acordóse en una reunión celebrada en Chicago, que el 1.° de Mayo de 1886 se verificase la huelga general para implantar la jornada de las ocho horas, organizándose una asociación para conseguir dicha jornada, que celebró innumerables mitins al aire libre, agitando á los trabajadores para que se prepararan para la anunciada fecha. Llegado dicho día miles de trabajadores abandonaron el trabajo reclamando ocho horas, y en unos cuantos días se hizo general el paro.

Los patrones, aterrorizados, sin duda, por aquel unánime movimiento, comenzaron á ceder de su parte, y como la agitación no cesaba, el 3 de Mayo se celebró un gran mitin cerca de Mc. Cormicks, factoria donde continuaban trabajando algunos obreros, y á

la salida de éstos por la tarde, el pueblo que presenciaba el mitin apedreó la factoría pidiendo la paralización de los trabajos. No tardó en presentarse en aquel sitio la policía, que fué recibida con muestras de desagrado, acometiendo á aquellas indefensas masas, disparando sobre ellas un nutrido fuego, resultando seis muertos y gran número de heridos.

Grande fué la indignación que produjo entre los trabajadores tan brutal acometida, y para la noche del día siguiente, 4 de Mayo, se convocó á un mitin en Haimarkef, para protestar de los atropellos de la policía. Estando en el uso de la palabra Fielden, de uno de los puestos de policía inmediatos, se vió avanzar unos ciento ochenta policías, con las armas preparadas, con el propósito de disolver el mitin, y cuando ya no podían evadirse de la nueva acometida de la policía, sin saber de qué dirección vino, cayó sobre aquélla un cuerpo extraño, que produjo gran estruendo, resultando heridos más de setenta policías, y muerto uno de ellos. A esta detonación, siguió una descarga cerrada de la policía sobre el pueblo, que aterrorizado por la segunda acometida, se precipitaba en todas direcciones, siendo perseguidos á tiros y quedando muchos muertos y heridos en las calles.

El resultado de estos sangrientos sucesos, de todos es conocido. Siete hombres condenados á muerte y uno á reclusión por quince años; no porque se les probara que ellos fuesen los autores de la muerte del policía, sino porque defendían ideas generosas, porque eran los principales propagandistas de aquella gran agitación.

La burguesía de aquella *gran república* quedó satisfecha, creyendo que con agarrotar á unos cuantos ciudadanos mataban también una idea. Los imbéciles se equivocaron.

Esta es la historia, aunque sucinta, del 1.º de Mayo, y los que han intentado mistificar esta fecha, reduciéndolo todo á un día de holganza y de bullicio, para después retirarse tranquilamente á sus casas, esos son enemigos de los trabajadores.

A prepararse, pues, trabajadores, para el 1.º de Mayo. Imitemos á los mártires de Chicago, que sacrificaron sus vidas en holocausto de una idea generosa y que la sangre por ellos derramada, sea el bálsamo que nos dé aliento para el triunfo de la lucha que se avecina para el 1.º de Mayo.

A. Vidal

Las Ocho Horas y la Producción

¿Cuáles serán las consecuencias de la disminución de horas de trabajo sobre la producción?

Examinemos el problema. A pesar de que nosotros estemos decididos en considerar al patrono como el enemigo de la Clase Obrera, sobre el cual debemos conquistar nuestro mejoramiento social, nos precisa conocer la repercusión que sobre él producirá nuestra reivindicación, á fin de ser más conscientes de los obstáculos á vencer, y, por lo mismo, estemos mejor armados para la lucha.

Algunos se horrorizan, se imaginan que una reducción de horas de trabajo va á implicar la ruina industrial. Los que experimentan este imaginario peligro olvidan que la duración del trabajo ha sido, en la industria, disminuído ya muchas veces, sin que de ello resultara la temida ruina. Por el contrario, el efecto opuesto es comprobado: un nuevo progreso industrial ha sido, casi siempre, la consecuencia de la reducción del tiempo de trabajo.

A mitad del último siglo, en 1847, en Inglaterra, en la industria textil, la duración del trabajo, que alcanzaba 13 horas, y algunas veces más, fué reducida á 10 horas, sin que la industria sufriera y sin que los salarios experimentaran una baja proporcional.

Esta reducción de la jornada de trabajo fué preparada y hecha necesaria por la agitación revolucionaria para la conquista de la Jornada de Ocho Horas, que empezó en Inglaterra en 1833, y por el movimiento *Martiste* (1).

Después de esta transformación, con el nuevo horario, la producción fué casi equivalente á la precedente, habiendo caso en que logróse algún aumento.

En esta época, las manufacturas de algodón de la Gran Bretaña empleaban 500.000 obreros en la transformación de 300 millones de libras de algodón; hoy, 700.000 obreros transforman mil millones de libras de algodón, y la duración del trabajo, disminuída de nuevo, es, á lo más, de nueve horas por día.

La industria textil de la Gran Bretaña, que ha marcado sus sucesivas reducciones en la duración del trabajo por un nuevo desarrollo industrial, ¿quedará arruinada el día en que se vea obligada á la implantación de la Jornada de Ocho Horas? Eviden-

(1) Especie de fórmula de Estado que quiere decir Carta y se está en Inglaterra.

temente, no. Según nos muestran los precedentes, se verificará una ingeniosa adaptación de los medios mecánicos á la fuerza humana y la industria nada peligrará por ello.

Además, en infinidad de industrias, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos ó en Australia, la Jornada de Ocho Horas es practicada, y los explotadores no se arruinan por ello.

Algunos ejemplos lo demostrarán mejor que una larga argumentación:

En 1858, en Sidney, los obreros del hierro de la Compañía Australiana de Vapores obtuvieron la Jornada de Ocho Horas, con la condición de aceptar, á título de experiencia, una reducción proporcional en el salario. Pues bien, al cabo de un año, la Compañía reconoció que la mejor labor, la economía de gas, de aceite, etc., le permitió pagar los antiguos salarios; esto es lo que hizo.

Hace más de dos años que en Inglaterra, en todos los talleres del Estado, es aplicada la Jornada de Ocho Horas. El ministro á quien se debe esta iniciativa, sir Campbele Bannerman, declaró al Parlamento que «su información le permitía afirmar que la reducción á Ocho Horas sería ventajosa para el Estado, al propio tiempo que á los obreros...». La hizo, pues, aplicar en los talleres del ministerio de la Guerra, y un año después (en 1894) fué puesta en vigor en el ministerio de Marina, después (en 1895) en las oficinas de Correos y Telégrafos.

Además de los trabajos del Estado y de la Municipalidad, que, casi todos, se hacen en Inglaterra bajo el régimen de las Ocho Horas, infinidad de obreros de numerosas corporaciones gozan de la Jornada de Ocho Horas. Asi es que, no siendo esta medida generalizada, es fácil darse cuenta de que los obreros que trabajan ocho horas ganan como los que trabajan mucho más y á veces los superan.

Los capitalistas «inteligentes» que han sabido combinar el éxito de su fortuna con la reducción de horas de trabajo y el saneamiento del taller, son excepcionales.

En la mayoría de los casos (en Francia más que en otras partes), si la impulsión obrera por un mejor estar siempre mayor no viene en socorro de los capitalistas incrustados á la rutina, ellos, los capitalistas, continuarán su explotación tradicional, sin experimentar los deseos de mejoramiento, y, para una producción restringida, impondrán á sus asalariados mucho trabajo y poco jornal.

Ya que, acentuando siempre sus exigencias, la Clase Obrera sirve la causa del progreso en general, es ella la que, lejos de conducir á la industria á la ruina, la salva de la decrepitud y la abre horizontes nuevos; y es gracias á sus incesantes reivindicaciones que, á pesar del pequeño esfuerzo humano, el poder de la producción se acrecienta.

Sobre todo, la reducción del trabajo humano no puede por menos que facilitar el desarrollo de la producción. En efecto, lejos de ser indefinida, la fuerza productiva de un obrero no rebasa, en veinticuatro horas, cierto nivel. Si se intenta rebasar este nivel (al en que llega con las largas jornadas), este exceso no tiene otro resultado que disminuir la fuerza productiva de los días siguientes, porque es un algo tomado del porvenir.

Lo que puede hacerse es combinar el gasto de estas fuerzas dentro de un tiempo más ó menos largo. Si el gasto de fuerzas se reparte sobre gran número de horas de trabajo, es ciertísimo que la actividad humana se encuentra relajada; si se gasta la capacidad productiva jornalera de un obrero en diez horas, los movimientos serán más lentos, la atención menos grande, la producción menos activa, que si se limita la duración del trabajo en ocho horas. En este caso, una mayor rapidez de ejecución compensa la disminución de horario.

Puesto que tanto como el acrecimiento de la energía productiva compensa la pérdida del tiempo de trabajo, la disminución de la jornada será provechosa á la industria. Y como un examen serio de la producción capitalista demuestra que las Ocho Horas no son el límite donde el acrecimiento de la energía obrera es inferior á la disminución del tiempo, los patronos pueden acceder sin temor de ser arrastrados á la quiebra, á la ruina.

Los hechos que resultan de las estadísticas de cincuenta años á esta parte, son innegables: la potencia productiva ha aumentado en razón de la disminución de horas de trabajo.

Esta capacidad productiva va estrechamente unida á la tasa del salario: si el obrero puede nutrirse bien, su fuerza productiva acrece. Es por esto que en Inglaterra, con el alza de salarios y menos horas de trabajo, se obtiene mayor producción, y es por eso, también, que, bajo el punto de vista capitalista, la Gran Bretaña no teme la concurrencia extranjera á su mercado.

Así observado, ¿cuál será—frente á frente de sus patronos—la situación de los trabajadores que, en Primero de Mayo de 1906, resistirán hacer más de Ocho Horas por día?

Si, con las Ocho Horas, producen tanto como antes, acrecientan, de ese modo, el beneficio del burgués. En efecto, gastos generales, fuerza motriz, alumbrado, desgaste de máquinas, etc., se hallarán aliviados por la reducción de horas de trabajo, y eso será, para el capitalista, un beneficio real y positivo. Siendo así, lo menos que el burgués hará será mantener la antigua tasa del salario del obrero.

De otra parte, ¿no sería muy lógico que el trabajador exigiera del patrono su parte de los beneficios que le proporcionará con la disminución de sus gastos generales? Cierto, si; de consiguiente, quedará bien fundada la pretensión de un aumento de salario.

La hipótesis de que en Ocho Horas de trabajo la producción equivaldrá á la que se hacía en nueve horas ó más, no es nada absurda.

Si el trabajo es sobre todo la obra de una máquina, es muy posible que, gracias á un perfeccionamiento en las herramientas, gracias á su mejor utilización, y, también, gracias á que el obrero, menos fatigado, estará más atento, evitando las «faltas» y las «erratas», es muy posible obtener la misma producción que antes.

En caso de que la tarea sea la obra aproximada al esfuerzo manual del obrero, puede repetirse el propio fenómeno: sabido es que, después de la octava hora, las fuerzas del día, del obrero, están casi agotadas, su producción se resiente de ello, en cantidad y en calidad, puesto que sus facultades se debilitan, se agotan.

De donde podremos concluir que en ocho horas de trabajo bien sostenido puede efectuarse la misma labor que en nueve horas ó más.

Pero, suponiendo, también, que en las dos circunstancias antes mencionadas la producción sea un poco inferior, ¿no es evidente, acaso, que la economía realizada sobre los gastos generales compensará la ligera disminución de producción que podría derivarse?

Este fenómeno de equivalencia en la producción con la Jornada de Ocho Horas no será ignorado del burgués. A pesar de ello, se opondrá á la reducción de horas de trabajo y objetará pretextos engañosos. En realidad, se opondrá á este mejoramiento porque verá en ello una disminución de su autoridad: combatirá el desarrollo de conciencia del obrero.

Disponiendo de más tiempo, el proletario se educará, se forjará aspiraciones y nuevos deseos; su dignidad se acrecentará, tendrá el lomo menos doblado..., y, después de la conquista de la Jornada de Ocho Horas, intentará nuevas empresas, logrará nuevas victorias.

Para el capitalista, el beneficio material que podrá conseguir de la Jornada de Ocho Horas no le compensará de la «pérdida moral» que le causará la parcial liberación del trabajador. En este caso, su obstinación criminal en querer conservar inmutable su autoridad sobre los asalariados no podrá por menos que incitar el refuerzo de la energía para vencer su tenaz resistencia.

Acabamos de examinar la hipótesis en la que la producción no será disminuida por la reducción de la Jornada de Ocho Horas.

Haríamos mal en suponer que esto fuese en todas las circunstancias y en todas las materias. Examinemos, pues, la hipótesis contraria: la de la disminución de producción.

Es bien evidente que este será el caso en infinidad de corporaciones donde el trabajo manual es el mayor factor de la producción; este será, también, el caso en las industrias donde la perfección de las máquinas y el aceleramiento de su marcha está excesivamente desarrollado.

Existen, además, un número de trabajos en los que la intensidad no puede aplicárseles, atendiendo que el principal factor es el tiempo. Además, un conductor de carruaje, un cochero, un barbero, un empleado de almacen, de restaurant, etc., no pueden lograr acelerar su trabajo. La reducción de su tiempo de presencia será, pues, formal, sin recuperación posible.

Por otra parte, la Clase Obrera, logrando la reivindicación de la Jornada de Ocho Horas, ha observado, principalmente, que esta última hipótesis — la disminución de producción—se realizará muy á menudo. Y es por eso que, con el profundo espíritu de solidaridad que la anima, ella ve, en la reducción de horas de trabajo, un medio para poder remediar la triste y cruel situación de los compañeros en huelga forzosa.

Será necesario, pues, que los patronos se resuelvan á conceder la mejora exigida. Quedarán perjudicados por disminuir algo sus beneficios. Es de su incumbencia hallar la solución menos perjudicial á su arca de caudales, ya que es bien evidente que los trabajadores, conscientes de sus propios intereses, no consentirán indefinidamente torturar su existencia por el gusto de enriquecer á sus explotadores.

(Continuará)